ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

LOS VERDERONES

DISPARATE CÓMICO EN UN ACTO

DE

EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

Y

MANUEL GOMEZ DE CÁDIZ

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1881

3

LOS VERDERONES

DISPARATE CÓMICO EN UN ACTO

DE

EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

Y

MANUEL GOMEZ DE CÁDIZ

Estrenado con gran éxito en el Teatro Martin, de Madrid, la noche del 3 de Octubre de 1881.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS

N.º de la procedencia
4996.

MADRID:
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE ARIBAU Y C.
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1881.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA SABINA.....	SRA. URRUTIA.
RAFAELA.....	» GALÉ.
DON CANUTO.....	SR. CUBAS.
VERDERON.....	» ALBA.
ISIDORO.....	» CATALAN.
EMILIO.....	» SANCHEZ.
FRANCISCO (lacayo).....	» LOJO.

La accion, en Madrid, época actual.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Comedor en casa de de D. Canuto. Mesa grande en el centro; aparadores con vajilla, etcétera. Una lámpara colgada en el centro de la habitacion. Ventana en segundo término, á la derecha; en primer término, una puerta: otra en el foro, y dos á la izquierda: entre éstas, un tirador de campanilla.

ESCENA PRIMERA.

RAFAELA *sentada junto á la mesa, limpiando unos cubiertos: despues,* DON CANUTO *por el foro.*

RAFAELA. ¡Ay qué malos son estos cubiertos! Cuanto más los restriego, se ponen más amarillos. ¡Jesus, qué harta estoy de servir! ¿Cuándo me saldrá un novio que tenga siquiera.....

CANUTO. (*Entra con un metro en la mano.*) Catorce metros.

RAFAELA. ¡Qué atrocidad! ¡Catorce metros!

CANUTO. ¿Te parece mucho para una tienda que ha de contener veinte convidados?

RAFAELA. ¿Pero qué tienda es ésa?

CANUTO. La que voy á colocar en el jardin para dar en ella un banquete el dia que se casen mis sobrinos.

RAFAELA. Ah! ¿Conque se casan? Pues yo no lo sabía.

CANUTO. ¿Qué quieres? Como yo no tengo secretos para tí, no te he dicho una palabra.

RAFAELA. ¿Y quiénes son las novias?

CANUTO. Las hijas de mi amigo Verderon.

RAFAELA. Las que se educaban en París?

CANUTO. Las mismas.

RAFAELA. Y ¿cuándo son las bodas?

CANUTO. ¿Las bodas? Eso quisiera yo saber.

RAFAELA. ¡Cómo!

CANUTO. Los novios se han visto ayer por la primera vez en su vida.

724470

RAFAELA. ¡Malo! Entónces no se casan.
CANUTO. ¿Por qué?
RAFAELA. Porque ellos tienen por ahí sus quebraderos de cabeza.
CANUTO. No le hace.
RAFAELA. El uno no piensa más que en su Leona, y el otro se ha suicidado más de ochenta veces por su Eloisa.
CANUTO. Con una vez que lo hubiera hecho en serio..... ¡Ah! Procura que el almuerzo esté para las once en punto. La familia Verderon va á llegar de un momento á otro..... Si ves á mis sobrinos, diles que vengan.
RAFAELA. Está muy bien. (Todo el mundo se casa ménos yo.) (*Váse por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA II.

DON CANUTO *solo.*

CANUTO. Dice bien esta chica. Mis sobrinos son dos troneras. ¡Oh! Pero los caso, ¡vaya si los caso! Es decir, nos casamos, porque yo tambien pienso matrimoniar. ¡Pobre Rosalía! Siempre tirando de aquella aguja, dale que dale..... Me he convencido de que un solteron es lo mismo que un marmolillo colocado á la entrada de una calle: todo el mundo tropieza con él y nadie le hace caso.

ESCENA III.

DICHO *y* EMILIO *por la izquierda: despues,* ISIDORO *por el foro.*

EMILIO. (*Con vestido de calle.*) ¿Me llamaba usted, tio?
CANUTO. ¡Ah! ¿eres tú, Emilio? Tenemos que hablar.
EMILIO. Cinco minutos tan sólo.
CANUTO. O lo que á mí me dé la gana.
EMILIO. Imposible. Hoy almuerzo con ella.
CANUTO. ¿Quién es ella?
EMILIO. Leona.
CANUTO. Déjate ahora de zoología.
EMILIO. ¡Tio! (*Isidoro entra por el foro, muy despacio, con aire sombrío.*)

CANUTO. Vamos, aquí está el otro.

ISIDORO. ¡Tio! Si usted supiera..... (*Con mucho misterio.*)

CANUTO. ¿Qué pasa?

ISIDORO. La he visto.

CANUTO. ¿Á quién?

ISIDORO. Á mi Eloisa. Ayer se paseaba con un capitan de húsares; hoy, con un teniente.

CANUTO. Vamos, cada dia baja un grado.

ISIDORO. (¡Yo no puedo vivir así!)

CANUTO. Sentaos: lo que tengo que comunicaros no puede decirse de pié. (*Coloca tres sillas frente al público. Isidoro y Emilio se acercan distraidos y no saben dónde sentarse, tropezando los tres uno contra otro.*) ¡Sentaos con mil demonios! (*Los obliga á sentarse en las sillas de los extremos, ocupando él la del centro.*) Ustedes saben muy bien que vuestro padre murió.....

ISIDORO. ¿Pues no lo hemos de saber?

CANUTO. ¡Silencio! Que vuestro padre murió, y que por esta causa quedásteis huérfanos..... (*Á Emilio, que mira hácia el lado opuesto.*) ¿Con quién hablo yo?

EMILIO. Si le escucho á usted. (*Isidoro se levanta y se pone á mirar por la ventana.*)

CANUTO. (*Dirigiéndose á Emilio.*) Yo juré á mi pobre hermano velar por vuestro porvenir y por..... (*Volviéndose hácia Isidoro.*) Hombre, ¿quieres oirme?

ISIDORO. Es que dice usted unas cosas.....

CANUTO. Á ver si te sientas. (*Isidoro le obedece.*) Pues como iba diciendo..... (*Cogiendo á los dos por el cuello de la levita y dirigiéndose á uno y á otro.*) Á fin de asegurar vuestra dicha..... y la mia, he decidido casaros.

ISIDORO. ¡Casarnos!

EMILIO. ¿Con quién?

CANUTO. Ya sabeis que Verderon.....

ISIDORO. ¿Va usted á casarnos con Vederon?

CANUTO. Hombre, no seas bruto. Me refiero á sus dos hijas. Ya habeis visto ayer que son hermosísimas, y ademas tiene cada una seis mil duros de dote. Vamos, ¿qué os parece?

ISIDORO. ¡Jamás! (*Desasiéndose de pronto y levantándose.*)

EMILIO. ¡Nunca! (*Idem.*)

CANUTO. ¡Por vida.....

EMILIO. Yo no abandono á mi Leona.

CANUTO. Esa mujer no te quiere más que para sacarte los cuartos.

EMILIO. Ella tiene un padrino muy rico: un Par de Inglaterra.

CANUTO. ¡Valiente par están ella y el padrino!

EMILIO. ¡Tio!.....

CANUTO. Te la pegan en inglés y tú no te enteras. Verás como tu hermano acepta mi proposicion.

ISIDORO. Imposible. Yo no puedo olvidar á mi Eloisa.

CANUTO. ¿Á pesar del teniente de húsares?

ISIDORO. Sí, señor; á mí me toca sufrir y esperar.

CANUTO. ¡Bonito papel!

ISIDORO. Pero si no consigo que me quiera..... (*Saca un frasco del bolsillo.*)

CANUTO. ¿Qué es eso?

ISIDORO. ¿No lo adivina usted?

CANUTO. ¿Aguardiente del Mono?

ISIDORO. No: ¡estrignina!

CANUTO. ¡Canario! Dame acá eso. (*Se lo arrebata.*)

ISIDORO. ¿Va usted á beber?

CANUTO. ¿Yo? ¡Un demonio! ¿Qué haces tú? (*Á Emilio, que ha sacado su cartera y escribe en ella.*)

EMILIO. Escribir dos letras á mi Leona.

CANUTO. (*Dándole un sopapo en la cartera y tirándosela.*) ¡Aquí no se le escribe á nadie!

EMILIO. Pero tio.....

CANUTO. ¡Silencio!

ESCENA IV.

DICHOS *y* RAFAELA: *despues*, VERDERON *y* DOÑA SABINA.

RAFAELA. (*Desde la puerta del foro.*) Acaban de llegar los señores que usted esperaba. (*Desaparece.*)

CANUTO. ¡Los Verderones! Vienen á almorzar con nosotros para tratar de las bodas. Espero que os portaréis como si fuérais personas decentes.

VERDER. ¡Canuto! (*Desde la puerta del foro.*)

CANUTO. ¡Mi querido Verderon! (*Verderon y doña Sabina quieren entrar á un mismo tiempo apretándose uno contra otro: Verderon extiende los brazos; Canuto le ase de las manos y tira de él.*)

VERDER. ¡Déjame entrar primero!

SABINA. ¡Qué puerta tan estrecha!

VERDER. ¡Gracias á Dios! (*Despues de entrar.*)

CANUTO. Señora..... (*Saludando á doña Sabina. Emilio é Isidoro se retiran cada uno á un lado del proscenio. El primero, que ha recobrado su cartera, escribe en ella; el segundo se sienta inmóvil y pensativo. Don Canuto, durante toda la escena, se afana inútilmente por llamarles la atencion.*)

VERDER. (*Á Canuto.*) Esta no ha querido que vengan las chicas, para que hablemos con más libertad. Como son tan inocentes.....

CANUTO. ¡Oh!

SABINA. Eso no impide que sean dos prodigios de talento: bien que en eso salen á su madre.

CANUTO. (¡Qué modestia!)

VERDER. Oye tú: ¿y por qué no han de salir á mí?

SABINA. Yo me entiendo. (*Á Canuto.*) Mire usted: la mayor ha dibujado el Hipódromo á vista de pájaro.

CANUTO. Estará precioso.

SABINA. Y la otra toca en el piano eso de «No me mates.....» (*Cantando*).

CANUTO. ¡Es una profesora!

VERDER. Pero á todo esto no me has presentado á tus sobrinos.

CANUTO. Chico, tus hijas son dos dechados de.....

VERDER. Preséntame á tus sobrinos.

CANUTO. (*Á doña Sabina*). Y están muy desarrolladitas.

SABINA. ¡Oh! Son dos amazonas.

VERDER. Pero, hombre, preséntame.....

CANUTO. A propósito. ¿Quiere usted ver mi jardin? (*A doña Sabina*).

SABINA. Con mucho gusto.

CANUTO. (*A Isidoro y Emilio*) ¡Eh, chicos! ¿A qué viene ahora esa vergüenza, si nunca la han tenido? Vamos, dad el brazo á esta señora.

EMILIO. Sí, señor sí.

ISIDORO. (No veo más que tenientes por todas partes.) (*Los dos se acercan distraidos á Verderon y le ofrecen el brazo.*)

CANUTO. ¿Qué haceis? (*Llevándolos junto á doña Sabina.*)

VERDER. (Parecen lelos.)

CANUTO. (¡Ay, cuándo querrá Dios!) Andad, hijos mios, andad. (*Vanse todos ménos Verderon y D. Canuto.*)

ESCENA V.

DON CANUTO *y* VERDERON.

CANUTO. ¡Qué felices van á ser mis sobrinos cuando se casen con tus hijas!

VERDER. A propósito de eso: tengo que comunicarte ciertos escrúpulos.....

CANUTO. Habla.

VERDER. Pues..... me han asegurado que tus sobrinos.....

CANUTO. Son dos calaveras, ¿no es verdad? ¿Y qué mejor garantía para la felicidad de tus hijas?

VERDER. ¡Pues me gusta! ¡Conque tienen sus belencitos.....

CANUTO. ¡Eh! No es nada de fundamento. Yo sí que estoy comprometido.

VERDER. ¿Tú?

CANUTO. Amigo Verderon, ya sabes que no tengo amor propio; pero al ver que una jóven de diez y ocho años se ha enamorado de mí..... vamos, ¡he tenido miedo!

VERDER. Pero ¿hablas formalmente?

CANUTO. Si la vieras cuando me dice con aquella vocecita de tiple meritoria: «¡Ay Canutito de mi corazon! ¿qué has hecho para que yo te quiera retantísimo?»

VERDER. ¡Hum!..... (*Moviendo la cabeza con incredulidad.*)

CANUTO. ¡Qué! ¿no lo crees?

VERDER. Hombre.....

CANUTO. No: si hay momentos en que yo tampoco lo creo.

VERDER. ¿Y dónde la conociste?

CANUTO. Una noche, en la calle de la Montera, pasó rozando conmigo, y su lánguida mirada se fijó en mi venerable rostro.

VERDER. Ya.

CANUTO. No formes juicios temerarios. De pronto se detuvo; yo me detuve tambien, y al fin exclamó: «Caballero, ¡cómo se parece usted á mi difunta madre!»

VERDER. ¡Canario!

CANUTO. Al decir esto se tambaleó. ¿Qué hubieras tú hecho?

VERDER. Yo no me tambaleo nunca.

CANUTO. Viéndola en aquel estado, la acompañé á su casa; la brindé con recursos.....

VERDER. ¿Y ella aceptó?

CANUTO. «¿Sabe usted por qué acepto sus ofrecimientos?» me dijo: «porque me parece que me los hace mi po-

brecita mamá.» En fin, estoy decidido á hacerla mi esposa.....

VERDER. ¡Qué oigo!

CANUTO. En cuanto se casen los chicos.

VERDER. Es que yo no acabo de decidirme.

CANUTO. ¡Cómo!

VERDER. Miéntras tus sobrinos no rompan con su pasado.....

CANUTO. Romperán.

VERDER. Eso fué lo que yo hice ántes de casarme. Porque yo tambien he tenido mi pasado.

CANUTO. ¡Hola!

VERDER. Sí, Canuto. Una morena con cada ojo como un lucero, y un angelito rubio que tenía un diente. Pues bien: cuando decidí ser hombre de bien, los planté en la calle.

CANUTO. ¿Y á eso llamas tú ser hombre de bien?

VERDER. En aquella época, sí.

CANUTO. Pero ¿y si algun dia encuentras á tu hijo?

VERDER. Bastante le he buscado para reparar mi falta en lo posible. Pero nadie me da razon de él. En fin, que tus sobrinos rompan con su pasado.....

CANUTO. Romperán, romperán ó les romperé yo una costilla.

ESCENA VI.

DICHOS *y* RAFAELA, *por el foro, muy asustada.*

RAFAELA. ¡Ay, señor, corra usted por Dios!

VERDER. ¿Qué es?
CANUTO. ¿Qué pasa? } (*A un tiempo.*)

RAFAELA. ¡Que el señorito Isidoro se ha tirado al estanque!

CANUTO. ¡Isidoro!

VERDER. ¡Qué barbaridad!

RAFAELA. Vió pasar á su Eloisa con un teniente de húsares, y exclamando de pronto: «¡Sangre y degollina!».....
¡paf! se zampó de cabeza.

VERDER. ¿Qué tal, eh?

CANUTO. Habrá querido ahogar sus recuerdos. Espérame aquí: vuelvo en seguida. (*Vase corriendo por el foro.*)

RAFAELA. ¡Ay qué desgracia! Su señora de usted se ha desmayado, cayendo sobre un lacayo que entraba al mismo tiempo.

VERDER. ¡Por vida!..... Siempre ha de caerse sobre álguien. (*Vase corriendo por el foro.*)

RAFAELA. (*Asomada á la ventana.*) ¡Ah, ya le han sacado! ¡Bueno se ha puesto! Le desnudan..... ¡Ay qué vergüenza! (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VII.

EMILIO *y* FRANCISCO *por el foro: el primero, con una carta en la mano, y el segundo, con gorra grande de lacayo.*

FRANC. Si quisiera usted darme la respuesta.....

EMILIO. Dila que voy en seguida. (¡Me llama! ¿Cómo no volar á su lado?)

FRANC. Es el caso..... que.....

EMILIO. ¿Qué? ¡Ah! Se me olvidaba. Toma. (*Le da una moneda.*)

FRANC. (¡Diez céntimos! ¡Qué corrompida está la sociedad!) (*Vase por el foro.*)

EMILIO Es preciso que no me vean. Saldré por este lado. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VIII.

ISIDORO *envuelto en un gaban y con el cuello levantado.*

ISIDORO. ¡No he podido lograr mi intento! ¿Para qué quiero la vida si Eloisa no me ama? Estoy decidido: sólo la vista de mi cadáver puede servir de remordimiento á la más ingrata de las mujeres. (*Saca una pistola; se apunta con ella, y la guarda al oir la voz de D. Canuto.*) ¡Mi tio!

ESCENA IX.

DICHO: DON CANUTO *por el foro:* RAFAELA *por la izquierda: en seguida,* VERDERON *y* DOÑA SABINA *por el foro.*

CANUTO. ¡Hola, chico! ¿Estás más tranquilo?

ISIDORO. Sí, señor.

VERDER. ¿Conque vamos á almorzar?

CANUTO. Sí. (*A Isidoro.*) ¿Dónde está tu hermano?

ISIDORO. Lo ignoro.

RAFAELA. El señorito Emilio acaba de marcharse. (*Vase por la izquierda.*)

CANUTO. ¡Cómo!

SABINA. ¡En el momento de ir á almorzar!

ISIDORO. (Yo me escurro.) (*Vase, sin ser visto, por la derecha.*)

CANUTO. ¡Voy á traerle de una oreja! (*Se pone el sombrero.*)

RAFAELA. (*Entrando con una fuente.*) Aquí está el pescado.

CANUTO. (*Toma la fuente distraido. Rafaela se marcha otra vez.*) (Le juro que ha de acordarse de mí.) Toma. (*Dando la fuente á Verderon.*) Vuelvo en seguida. (*Vase por el foro.*)

VERDER. Pero escucha..... (*Yendo detras de él con la fuente.*)

SABINA. Dime tú: ¿qué significa?.....

VERDER. Toma. (*Le da la fuente.*) Ahora vengo. (*Se pone el sombrero y echa á correr por el foro.*)

SABINA. (*Yendo detras de él con la fuente.*) Pero oye..... ¡Vamos, yo estoy en babia!

RAFAELA. (*Entrando por la izquierda.*) ¡Qué! ¿no almuerzan ustedes?

SABINA. No lo sé. Toma. (*Le da la fuente y se marcha precipitadamente por el foro.*)

RAFAELA. No faltaban en esta casa más que los Verderones para completar el cuadro. Pues, nada, almorzaré yo y suceda lo que quiera. (*Vase por la izquierda con la fuente.*)

ESCENA X.

DON CANUTO, *empujando á* EMILIO, *por la derecha.*

CANUTO. Ande usted delante, sietemesino.

EMILIO. Tio, no me insulte usted.

CANUTO. ¡Calle! ¿Se han marchado todos? Ya lo estás viendo: vas á conseguir que las bodas fracasen.

EMILIO. Mejor: así me casaré con Leona.

CANUTO. No me la nombres: mira que soy capaz..... (*Amenazándolo.*)

EMILIO. Pero tio, escúcheme usted con calma. Usted podia disfrutar un porvenir bellísimo. Todos reunidos en un mismo hogar: Eloisa y mi hermano; Leona y yo, y usted en medio.....

CANUTO. Sí, como un domador de fieras.

EMILIO. ¿Pero usted no ve.....

CANUTO. Lo que veo es que eres un zampatortas, un..... (Y ahora que me acuerdo..... (*Mira el reloj.*) Son las doce, y Rosalía me estará esperando.) Cuidadito con moverte de casa, ¿eh?

EMILIO. ¿Se marcha usted?

CANUTO. Vuelvo en seguida. (Por fortuna está cerca.) Escucha mi ultimátum. Si no os casais con las Verderonas, os desheredo.

EMILIO. Pero tio.....

CANUTO. Basta. Dentro de un cuarto de hora volveré. ¿Dónde está mi sombrero? ¡Ah! lo tengo puesto. Dentro de un cuarto de hora..... (*Yéndose.*)

EMILIO. Pero oiga usted.

CANUTO. ¡Vaya usted noramala! (*Vase por el foro.*)

ESCENA XI.

EMILIO: *despues*, ISIDORO *con una venda en un ojo.*

EMILIO. ¡Olvidar á Leona! ¡Esa sería la mayor de las ingratitudes! Pero ¿qué hacer si mi tio cumple su amenaza?

ISIDORO. ¡Emilio! (*Con tono patético.*)

EMILIO. ¿Qué traes? ¿Quién te ha puesto de ese modo?

ISIDORO. El teniente. Le he encontrado manos á boca y me he liado con él á mojicones.

EMILIO. ¡Qué atrocidad!

ISIDORO. ¡Ya no me queda la menor esperanza! ¡Yo no puedo vivir de esta manera! ¡Adios, hermano mio!

EMILIO. ¿Adónde vas?

ISIDORO. A morir. (*Se sube en el alfeizar de la ventana.*)

EMILIO. ¡Pero hombre..... (*Le coge por un faldon.*)

ISIDORO. Déjame. (*Se arroja. Emilio se queda con el faldon en la mano. Se oye dentro un grito.*)

EMILIO. ¡Ah! ¡Rafaela! ¡Lúcas! (*Gritando.*) ¡Socorro!

ESCENA XII.

EMILIO: RAFAELA *por la izquierda.*

RAFAELA. ¿Qué sucede?

EMILIO. ¡Que mi hermano acaba de tirarse por esa ventana!

RAFAELA. ¿Y eso qué importa? Si apénas hay dos varas de altura.
EMILIO. Sin embargo, yo quiero ver..... (*Se dirigen al foro.*)

ESCENA XIII.

DICHOS *é* ISIDORO *por el foro.*

ISIDORO. Deteneos. Está visto. La muerte no me quiere.
EMILIO. ¡Vive!
RAFAELA. ¿No se lo dije á usted?
EMILIO. Pero ese grito que se ha escuchado.....
ISIDORO. No sé: caí sobre uno que pasaba.....
EMILIO. ¡Cómo!
RAFAELA. Voy á ver quién es la víctima. (*Vase por el foro.*)
ISIDORO. A pesar de todo, mi destino habrá de cumplirse.
EMILIO. Es una barbaridad querer matarse por una mujer como Eloisa.
ISIDORO. ¡Eh! Poco á poco. Eloisa vale más que tu Leona.
EMILIO. Isidoro, mira lo que hablas.
ISIDORO. Eso te digo yo.
EMILIO. Tú estás loco y hay que perdonarte.
ISIDORO. ¡Por vida..... (*Coge cada uno una silla para arrojársela al otro, y la sueltan al oir la voz de Verderon.*)
VERDER. (*Dentro.*) ¡Esto es inaudito!
EMILIO. ¡La voz de Verderon!
ISIDORO. ¡Que no nos vea! (*Se apartan cada uno á un lado, y desaparecen por el foro despues que entra Verderon.*)

ESCENA XIV.

VERDERON *y* RAFAELA: *aquél, cubierto de polvo y con el sombrero apabullado.*

RAFAELA. ¿Le ha hecho á V. mucho daño?
VERDER. ¡Toma! Gracias á que me ha pillado de refilon.
RAFAELA. ¡Y eso que hay tan poca altura!
VERDER. Pero ¿cómo se ha caido ese chico?
RAFAELA. No sé: estaba asomado á la ventana y dió una voltereta.
VERDER. ¡Canario!
RAFAELA. Por lo visto, se acordaria en aquel momento de su Eloisa.....

VERDER. ¡Eloisa! (Lo que yo digo: no rompen con su pasado.)
RAFAELA. ¡Jesus! ¡Cómo se ha puesto usted de polvo!
VERDER. Guíame al tocador de tu amo.
RAFAELA. Venga usted por aquí. (*Vase por la izquierda.*)
VERDER. ¡Casar yo á mis hijas con dos chisgarabis que no saben romper..... y áun cuando rompieran..... ¡Hay que pensarlo mucho! (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XV.

DON CANUTO *por el foro, con una fotografía en la mano.*

CANUTO. ¡Jesucristo, qué revelacion tan inesperada! ¡Rosalía hija de Verderon! ¡Luego ése es el ángel rubio que plantó en la calle tan cruelmente! Este retrato que he sorprendido en su costurero..... «Es el de mi padre», me ha dicho. No le he dado tiempo para más, y he venido corriendo para obligar á ese Verderon sin entrañas á que la reconozca, á que la dé un nombre que la pertenece. ¡Ah! Él es. Disimulemos. (*Se guarda el retrato.*)

ESCENA XVI.

DICHO *y* VERDERON *por la izquierda.*

VERDER. Hombre, celebro encontrarte. Has de saber que tu sobrinito.....
CANUTO. ¡Silencio! Tenemos que tratar ahora de otro asunto muy espinoso.
VERDER. ¿Eh?
CANUTO. Prepárate.
VERDER. ¿Para qué?
CANUTO. Para oir lo que voy á decirte.
VERDER. Ya estoy preparado.
CANUTO. ¡Verderon, he descubierto el fruto de tu crímen!
VERDER. ¡De mi crímen!
CANUTO. Sí; el verderoncito chiquitito que abandonaste.
VERDER. ¡Cómo!
CANUTO. Tengo las pruebas. Ademas la criatura es tu vivo retrato: sólo que tú eres más feo.
VERDER. ¿Pero á qué viene todo eso? ¿Piensas tú que voy á tomarlo en consideracion?

CANUTO. ¡Hombre desnaturalizado! No ahogues la voz de la sangre. Mira que es muy fácil que tu esposa descubra la trampa.

VERDER. Pues es verdad.

CANUTO. Aprecia tu situacion y tiembla.

VERDER. Bien; y ¿qué me aconsejas que haga?

CANUTO. Por lo pronto, que busques á tu mujer, la hagas unos cuantos mimitos y se lo confieses todo.

VERDER. Eso es: para que me arañe.

CANUTO. Entónces, escríbela una carta.

VERDER. ¿Una carta?

CANUTO. De ese modo evitas su primer arranque. Despues, no hay cuidado: tu esposa es mujer de temple. Yo creo que haria un buen gobernador de provincia.

VERDER. Pero.....

CANUTO. Déjate de peros, y á escribir. Toma. (*Saca la cartera y le da un papel y lápiz.*)

VERDER. Pero con lápiz..... Vamos siquiera á tu despacho.

CANUTO. No es preciso. Yo te dictaré: «Queridísima Sabina: Yo he sido jóven.»

VERDER. ¡No lo va á creer! (*Escribe.*)

CANUTO. Calla. «El torrente de las pasiones me arrastró y tuve un deliz.....» ¿Dónde fué?

VERDER. En la Cuesta de los Ciegos.

CANUTO. Es natural: á esa edad no se ve claro. Escribe: «Hoy he visto al fruto de mi falta, pobre y sin abrigo.»

VERDER. Yo no he visto nada.

CANUTO. Pero lo he visto yo.

VERDER. ¡Ah! bueno.

CANUTO. Escribe. «Sabina, tu corazon me dictará lo que debo hacer.» Firma.

VERDER. ¿Que firme ella?

CANUTO. No; que firmes tú.....

VERDER. ¡Ah! (*Firma.*)

CANUTO. Venga. (*Tira del cordon de la campanilla.*) Aquí tengo un sobre. (*Lo saca de la cartera y mete en él la carta.*)

RAFAELA. (*Por la izquierda.*) ¿Llamaba usted?

CANUTO. Sí; esta carta, á la señora de Verderon: ¡pronto!

RAFAELA. En seguida. (*Toma la carta y vase por el foro.*)

CANUTO. Amigo Verderon, has cumplido con tu deber de esposo y de padre. (*Le abraza.*)

VERDER. Pero á todo esto no me has dicho cómo has podido averiguar.....

CANUTO. Te lo diré. Antes tengo que hacerte una pregunta.
VERDER. Habla.
CANUTO. Verderon, ¿me quieres por yerno?
VERDER. ¿Cómo por yerno? ¿Qué dices?
CANUTO. Que estoy dispuesto á dar mi mano al ángel que tan cruelmente abandonaste.
VERDER. ¿Pero de quién hablas?
CANUTO. De la hermosa jóven fruto de tu.....
VERDER. ¿Ahora salimos con eso? ¡Si el fruto fué un varon!
CANUTO. ¡Un varon! ¿Estás seguro de ello?
VERDER. ¡Pues ya lo creo! ¿Qué embrollo has armado?
CANUTO. ¡Eh! Poco á poco. Tú quieres escaparte por la tangente, y voy á confundirte. Mira. (*Saca el retrato y se lo enseña.*)
VERDER. ¡Mi retrato!
CANUTO. Anda, niégalo ahora.
VERDER. ¿Dónde lo has hallado?
CANUTO. En el costurero de la más honrada de las modistas.
VERDER. ¡Cielos! ¡Qué sospecha! Esa modista vive.....
CANUTO. Sarten, tres, triplicado, tercero.
VERDER. ¿Y se llama Rosalía?
CANUTO. Justo. Tu hija.
VERDER. ¿Qué hija ni qué ocho cuartos? Si es mi..... costurera.
CANUTO. ¡Tú costurera! ¡Y tiene tu retrato!
VERDER. Hombre, ya debes comprender.....
CANUTO. ¡Ah infame! ¡Es decir que nos engañaba á los dos!!.....
VERDER. ¡Chist! ¡Si nos oyera álguien.....
CANUTO. ¡Y la pérfida me dijo que este retrato era de su padre!..... ¡Infiel! ¡Ingrata! (*Se deja caer desconsolado sobre Verderon.*)
VERDER. (*Sosteniéndole.*) Vamos, hombre, no lo tomes de ese modo.
CANUTO. ¡Yo que la creia tan inocente! (*Incorporándose de pronto y en tono muy natural.*) Anda, que más pierde ella.
VERDER. Está claro. Yo sí que estoy comprometido.
CANUTO. ¿Tú?
VERDER. ¿Olvidas la carta que hemos mandado á mi mujer?
CANUTO. No te apures. Le harémos creer que ha sido una broma.
VERDER. ¡Sí, pues vaya una bromita!

SABINA. (*Dentro.*) ¡Aquilino!
VERDER. ¡Ella!
CANUTO. Entónces tal vez no haya recibido la carta.
VERDER. ¡Chist! Ya está aquí.

ESCENA XVII.

DICHOS: DOÑA SABINA *por el foro.*

SABINA. ¡Hombre, gracias á Dios que te encuentro! ¡Hay novedades!
VERDER. ¿Sí? (*Bajo á Canuto.*) La ha recibido.
CANUTO. ¡La ha recibido!
SABINA. (*A Canuto.*) Con el permiso de usted.
CANUTO. (Ahora le araña.)
SABINA. (*A Verderon.*) Has de saber que los corazones de tus hijas han hablado.
VERDER. ¿Que han hablado?
SABINA. Quiero decir que están enamoradísimas de sus futuros esposos. Lo pongo en tu conocimiento para los fines consiguientes.....
CANUTO. Dios guarde á usted muchos años. Madrid.....
SABINA. ¿Qué dices á eso?
CANUTO. Que si no ocurre más novedad.....
SABINA. ¿Te parece poco?
VERDER. (*Bajo á Canuto.*) ¡Entónces no la ha recibido! (*Muy alegre.*)
CANUTO. ¡No la ha recibido! (*Idem.*)
SABINA. Ahora que me acuerdo..... En el camino me ha entregado su criada de usted una carta.....
VERDER. (¡Ay Dios mio!)
CANUTO. (¡Malorum!)
SABINA. Esta debe ser. (*Saca un papel del bolsillo.*)
VERDER. Venga. (*Se lo arrebata.*) (¡La atrapé!)
SABINA. No: ése es un prospecto. (*Buscando de nuevo en el bolsillo.*) ¡Ah! Aquí está. (*Saca la carta.*)
VERDER. Dame. (*Quiere arrebatársela.*)
SABINA. No, si es para mí. (*Desviándola.*)
VERDER. A pesar de eso..... (*A Canuto.*) ¡Va á leerla!
CANUTO. Fíngete celoso.
VERDER. (Es verdad.) Señora, usted no tiene derecho para leer esa carta.

SABINA. ¡Cómo no! Si me la ha enviado ese caballero. (*Por Canuto.*)

CANUTO. ¿Yo? No, señora. No hay tal cosa.

VERDER. ¿Lo está usted viendo? ¡Sabe Dios de quién será!

SABINA. ¿Qué oigo? ¡Te atreves á dudar de tu esposa!

VERDER. Pudiera ser.

SABINA. ¡Dios mio! ¡Tal ofensa! ¡Ay! ¡Yo sucumbo! (*Va á dejarse caer sobre Verderon, pero retrocede y se deja caer sobre Canuto.*)

CANUTO. (*Sosteniéndola.*) ¡Verderon, has asesinado á tu casta cónyuge!

VERDER. ¿Yo?

CANUTO. Su mano no puede sostener esa carta fatal. ¡Cógela!

VERDER. ¡Qué impresion le ha hecho!..... (*Mirando á doña Sabina y sin comprender lo que le dice Canuto.*)

CANUTO. ¡No se la arrebates! (*Cogiendo el brazo derecho de doña Sabina y dirigiéndolo hácia Verderon.*) ¡Cógela, animal! (*Dándole en la cara con el puño de doña Sabina en que ésta tiene la carta.*)

VERDER. ¡Ah! Sí. (*Coge la carta, la rompe y echa los pedazos dentro de su sombrero, que ha dejado sobre una silla.*)

SABINA. ¡Dios mio! ¡Nunca lo hubiera creido! (*Reponiéndose.*)

CANUTO. Vamos, eso no vale la pena. Dénse ustedes un abrazo.

SABINA. ¡Nunca! No quiero verle: no quiero.....

VERDER. Pero Sabina.....

SABINA. ¡Quítate de mi presencia! ¡Te ódio! ¡Te maldigo! (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XVIII.

DON CANUTO *y* VERDERON.

VERDER. ¡Gracias á Dios que salimos del apuro!

CANUTO. Eso es; olvidémoslo todo para ocuparnos de las bodas de los muchachos.

VERDER. ¡Ay, no, amigo Canuto! No quiero nada con tus sobrinos.

CANUTO. Es que..... has de saber que han cambiado por completo.

VERDER. ¿De véras?

CANUTO. ¡Y tan de véras! Hace poco, estaba yo en el jardin,

cuando de pronto oigo..... (*Suena un tiro dentro.*)

LOS DOS. ¡Ay! (*Asustados, chocan uno contra otro.*)

VERDER. ¡En esta casa no se gana para sustos!

ESCENA XIX.

DICHOS: EMILIO, *que viene empujando á* ISIDORO, *por el foro.*

EMILIO. Vamos, hombre, no seas atroz. Si no llego á tiempo.....

CANUTO. ¿Conque eras tú? (Tiene siete vidas como los gatos.)

VERDER. (*Bajo á Canuto.*) Ya lo ves: esto no tiene compostura.

CANUTO. Hombre, yo te suplico.....

VERDER. ¡Nada! Yo no consentiré nunca en enlazar á mis hijas con ese par de locos, como ellos mismos no me lo pidan solemnemente. (*Vase por la izquierda.*)

CANUTO. ¿Conque es decir que os habeis propuesto precipitarme?

ISIDORO. Tio, yo soy muy desgraciado.

EMILIO. Y yo tambien.

CANUTO. Me alegro. Pero acabemos cuanto ántes, porque no respondo de mí. ¿Quereis casaros con las Verderonas? ¿Sí ó no?

EMILIO. Tio.....

CANUTO. ¿Sí ó no?

LOS DOS. (*Despues de mirarse mutuamente.*) No.

CANUTO. Corriente. Desde este momento quedais expulsados de mi casa.

LOS DOS. ¡Tio!

CANUTO. Algun dia lloraréis cada lágrima como una zanahoria.

EMILIO. Pero considere usted.....

CANUTO. Ni una palabra más.

ESCENA XX.

DICHOS: RAFAELA *por el foro: despues,* FRANCISCO.

RAFAELA. Señorito Emilio, un lacayo pregunta por usted.

EMILIO. Será el de Leona. Que entre. (*Vase Rafaela.*)

CANUTO. ¡Eh! Yo no consiento que el criado de una aventurera ponga los piés en mi casa.

FRANC. (*Que ha entrado por el foro.*) Caballero, yo no soy ya criado de nadie; vengo sólo á traer esta carta, que será la última.

EMILIO. Dame. (*Toma la carta que le da Francisco.*)

CANUTO. Pero hombre, ¿en mis barbas.....

EMILIO. (*Despues de leer.*) ¡Gran Dios!

CANUTO É ISIDORO. ¿Qué es eso?

EMILIO. ¡Se va y me abandona! (*Se deja caer en una silla.*)

CANUTO. (*Tomando la carta, que deja caer Emilio.*) A ver. (*Lee.*) «Salgo ahora mismo para Lóndres con mi protector y mi amiga Eloisa.»

ISIDORO. ¡Cielos! ¡Ella tambien! (*Se deja caer en otra silla.*)

CANUTO. ¡Magnífico! ¡Dos pájaros de una pedrada!

FRANC. (¡Qué corrompida está la sociedad!)

CANUTO. (*A Francisco.*) Acabas de prestarnos un gran servicio. Vé á la cocina y que te den una copita.

FRANC. Muchas gracias.

CANUTO. Por aquí, por aquí. (*Le acompaña hasta el foro izquierda.*) Ya lo veis. Ellas mismas se han encargado de vengarme. Os abandono á vuestro destino. (*Pausa.*) No quiero escucharos. ¡He dicho que no quiero escucharos!

EMILIO. Tio, perdóneme usted. Yo estaba ciego; pero este desengaño ha iluminado mi razon, y como ya no puedo amar, estoy en disposicion de casarme.

CANUTO. ¿Lo dices de véras?

EMILIO. Sí, tio, sí.

CANUTO. ¿Y tú? (*A Isidoro.*)

ISIDORO. Yo he estado mil veces á punto de suicidarme por una ingrata. Pues bien, es lo mismo: me casaré.

CANUTO. ¡Sublime! Ahora reconozco en vosotros mi misma sangre. (*Abrazándolos.*) Creedme: no hay mayor felicidad que la del matrimonio: niños juguetones, las comidas á sus horas..... (y el casero todos los meses).

EMILIO. Dice usted bien: esa es la felicidad. Pero, bien mirado, no está reservada para nosotros.

CANUTO. ¿Eh?

EMILIO. Unir nuestras existencias llenas de remordimientos á las de dos ángeles..... sería una infamia.

CANUTO. Pero ¿yo estoy soñando?.....

EMILIO. No, señor: estas bodas me parecen un imposible. (*Vase por la derecha.*)

CANUTO. (*A Isidoro.*) ¡Sujétame, sujétame ó lo mato!
ISIDORO. No se apure usted, tio: si él no quiere casarse, yo sí.
CANUTO. ¡Desdichado! Verderon no consiente ya como no vayais los dos á suplicárselo solemnemente.
ISIDORO. ¿De véras? ¡Emilio! ¡Emilio! (*Vase corriendo por la derecha.*)
CANUTO. Vamos, si cuando yo no me vuelvo loco.....

ESCENA XXI.

DON CANUTO *y* VERDERON *por la izquierda.*

VERDER. ¡Canuto de mi alma!
CANUTO. ¿Qué traes, hombre?
VERDER. Mi mujer se ha encerrado en una habitacion y no quiere salir de ella ni á tres tirones. He escuchado por la cerradura y hablaba sola.
CANUTO. ¿La cerradura?
VERDER. No, mi mujer. ¿Sabes lo que decia? «¡Canalla, animal!»
CANUTO. Eso es que pensaba en tí.
VERDER. De todo esto tienes tú la culpa.
CANUTO. ¿Yo? ¿Tengo yo la culpa de tus trapicheos?
VERDER. ¡Chist! ¡Calla! (*Tapándole la boca.*)

ESCENA XXII.

DICHOS *y* FRANCISCO *por el foro.*

FRANC. Señorito, vengo á darle á usted las gracias y á despedirme.
CANUTO. Yo soy quien debe dártelas. La carta que has traido ha hecho que mis sobrinos se desengañen de todas las Leonas y Eloisas de España y de Ultramar.
FRANC. Como que son dos señoras.....
CANUTO. Sí, de cursiva. ¿Y cómo estabas tú á su servicio?
FRANC. ¿Qué quiere usted? El sino de la criatura. Pero yo soy un hombre honrado: pregunte usted á todo el mundo quién es el hijo de Juana García.
VERDER. (*De pronto y con gran interes.*) ¡Juana García! ¿Has dicho Juana García?
FRANC. Sí, señor: mi madre.

CANUTO. ¡Calle! ¡Esa turbacion!..... ¿Sería ese tal vez el nombre de tu víctima?

VERDER. (*Turbado.*) Sí..... pero hay tantas mujeres de ese nombre.....

CANUTO. No trates de evadirte. (*A Francisco.*) Responde: ¿tú has sido rubio alguna vez?

FRANC. No me acuerdo.

CANUTO. ¿Tú has tenido un diente?

FRANC. Sí, señor; el primero.

CANUTO. ¿Quién fué tu padre?

FRANC. ¿Mi padre? No lo sé.

CANUTO. ¡Cómo!

FRANC. ¡Está la sociedad tan corrompida!

CANUTO. Basta. Ya no hay duda. (*Bajo á Verderon.*) Verderon, abraza á tu hijo.

VERDER. Pero hombre.....

CANUTO. No vaciles. Es tu vivo retrato.

VERDER. ¡Qué ha de ser!

FRANC. Conque, señorito..... (*Yéndose.*)

CANUTO. Espera. Tengo el gusto de anunciarte que desde hoy ha cambiado tu suerte.

FRANC. No comprendo.....

CANUTO. Quítate de la cabeza ese queso de Gruyère. (*Le quita la gorra.*)

VERDER. Pero hombre.....

CANUTO. Calla. ¿Es tuyo este sombrero? (*Por el de Verderon, que está sobre una silla.*)

VERDER. Sí.

CANUTO. (*A Francisco.*) Desde este momento lloverán sobre tí toda clase de beneficios. (*Le pone el sombrero de Verderon, cayendo sobre Francisco los pedazos de la carta que aquél echó dentro.*)

FRANC. ¡Canastos!

CANUTO. Es preciso que te presentes con decencia. Dame tu reloj. (*A Verderon.*)

VERDER. ¿Qué tengo yo de dar?

CANUTO. ¡Dámelo, padre sin entrañas! (*Se lo quita y se lo pone á Francisco.*)

VERDER. (¿Si será efectivamente mi hijo?)

CANUTO. (*A Francisco.*) ¿Estás contento?

FRANC. Sí, señor; pero no caigo.....

CANUTO. Cuando te vea tu madre, correrán de sus ojos dos torrentes de lágrimas.

FRANC. No, señor: no correrá más que uno.
CANUTO. ¿Cómo uno? ¿Porqué?
FRANC. Porque la pobre es tuerta de nacimiento.
CANUTO. ¡Tuerta!
VERDER. ¡Entónces no es ella!
CANUTO. Poco á poco. ¿Tú naciste en la Cuesta de los Ciegos?
FRANC. No, señor. Yo veo perfectamente.
CANUTO. ¿Pero tu madre ha vivido allí?
FRANC. ¡Ca! Si no se ha movido nunca del pueblo.
VERDER. ¿Te convences ahora?
CANUTO. ¡Tunante! Dame ese sombrero. (*Se lo quita.*)
VERDER. Y el reloj. (*Idem.*)
FRANC. Pero.....
CANUTO. Largo de aquí. (*Le empujan hácia el foro.*)
FRANC. ¡Cómo está la sociedad! (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

DON CANUTO: VERDERON: *luégo* ISIDORO *y* EMILIO, *vestidos de etiqueta, por la derecha.*

VERDER. ¿Pero hombre tú estás loco?
CANUTO. No: lo que hago es todo lo posible por tranquilizar tu conciencia.
VERDER. ¡Qué conciencia! Si desde que estoy en tu casa no haces más que darme disgustos.
CANUTO. Pues mira que el que me has dado tú á mí con la otra.....
VERDER. ¡Calla! Lo que importa es que mi mujer salga de donde está encerrada.
CANUTO. Ya saldrá cuando le apriete el hambre.
VERDER. No lo creas. Es muy testaruda. Pero ¿qué significa..... (*Viendo á Emilio y á Isidoro.*)
EMILIO. Significa que, arrepentidos de nuestras locuras, venimos á pedir á usted con toda solemnidad la mano de sus hijas.
CANUTO. ¡Bravo! Chico, ya no puedes negarte.
VERDER. Bien; pero es necesario que hablen ustedes con mi esposa. (*Á Canuto.*) A ver si ellos la sacan al terreno.
ISIDORO. ¡Hácia aquí viene!
VERDER. ¿Mi mujer?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS: DOÑA SABINA *por la izquierda.*

VERDER. ¡Sabina! (*Yendo á su encuentro.*)

SABINA. (*Muy grave y rechazándole.*) Ni una palabra: vengo sólo á despedirme de usted.

VERDER. ¿Adónde vas? (*Isidoro, Emilio y D. Canuto hablan aparte.*)

SABINA. Despues de lo ocurrido hace poco, debia usted adivinarlo. Me retiro á un convento de jerónimos.

VERDER. Mujer, si allí no van señoras.

SABINA. Pues entraré de novicia.

VERDER. ¿Y tus hijas?

SABINA. Me las llevo. Le dejo a usted los varones.

VERDER. ¡Si no los tenemos!

SABINA. ¿Y es mia la culpa?

CANUTO. Vamos, señora; perdone usted á su marido. ¿No ve usted que está reventando por llorar? (*A Verderon, que se rie.*) Llora, zopenco.

VERDER. (*Sacando de pronto el pañuelo, y rompiendo á llorar.*) ¡Sabina, siquiera por tus hijas!

EMILIO. Repare usted que va á destruir nuestra felicidad.

ISIDORO. Que estamos enamoradísimos los unos de los otros.

SABINA. Corriente: me sacrifico por ustedes.

CANUTO. ¡Magnífico! Las bodas cuanto ántes, ¿eh? (¡Ay, al fin los caso!)

(*Al público.*)

Pero si enojado estás,
No en probarlo te des prisa:
Tómalo más bien á risa,
Y con eso aplaudirás.

CAE EL TELON.)

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las principales librerías.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.